



Darío: El Paisaje "nica" en su prosa

Hace ya tiempo que venimos de vuelta Cartuja" anhela una muerte dichosa como la de los monjes:

"¡Ah! fuera yo de estos que Dios quería y que Dios quiere cuando así le place, dichosos ante el temeroso día de losa fría y requiesca in pace".

En "Spes" invoca a "Jesús, incomparable perdonador de injurias", y obsesionado por el temor a la muerte clama:

"Dime que este espantoso horror de la agonía que me obsede es no más de mi culpa nefanda, que al morir hallaré la luz de un nuevo día y que entonces oiré mi 'Levántate y anda'".

Y en los hondos y sublimes versos a Francisca Sánchez dice a la compañera sencilla e incomparable:

"Seguramente Dios te ha conducido para regar el árbol de mi fe'. Hacia la fuente de noche y olvido Francisca Sanchez acompañame".

Esto es en 1914, y ya la Pálida, la Reina invencible, Diana la Cazadora, sigue de cerca los pasos del poeta.

Enfermo y abatido emprende el verdadero y trascendental retorno a la tierra natal, el que ha de traerlo a descansar definitivamente en su fecundo y maternal regazo.

No en la montaña de Pan sino en la augusta catedral, bajo un horrible león de cemento, confundida con la tierra natal, yace la escoria del poeta que rindió su bandera a la muerte.

Pero bajo los cielos abiertos de Nicaragua, de América, del mundo, en alas de sus versos inmortales, su espíritu flota sobre los espíritus y por virtud de la palabra poética brota de miles y millones de labios y renace cada día en millares de millares de corazones.

Para elevarnos sobre las ruindades y fracasos de la hora, hagamos de nuestro corazón un templo a la gloria de Rubén Darío que es la auténtica gloria de la Patria, y en esta noche consagrada al Poeta inmortal levantemos su hermoso estandarte de optimismo.

Y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron, encontremos de súbito, talismánica, pura, riente, cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino, la divina reina de luz, la celeste Esperanza".

De aquel concepto literario de un Rubén apátrida y exotista. Se había tachado de "exotismo" snob lo que no era fundamentalmente sino sentido de universalidad por herencia de Historia y Geografía. Se había calificado de "extranjerismo" lo que no era otra cosa que nuestro típico "exodismo", usando la palabra inventada por nuestros poetas de Vanguardia para nombrar ese ímpetu de aventura o vocación viajera del nicaragüense que ya señalaba el propio Rubén en su VIAJE

A NICARAGUA, comparándose con aquel anónimo trotamundos de Matagalpa, cuyas últimas palabras de moribundo cuenta Ganivet que recogió en un lejano hospital de Bélgica.

El estudio permanente de la entera obra de Darío nos descubre nuevas facetas de su ser nicaragüense, no sólo en lo que Pablo Antonio Cuadra llama su "pensamiento vivo", sino también en su poesía misma como tal y en su prosa, en su temática y en su expresión literarias.

La tendencia "fusionista" de la poesía como integradora de todas las Artes que se desarrolla en Francia con los románticos, influye directamente en Rubén a través de los parnasianos y del "padre y maestro mágico" Verlaine. Así como hay en Darío un musicalismo esencial, que tan profundamente trata en su obra Erika Lorenz, hay también en él un paisajismo pictórico como elemento y componente imaginativo de gran parte de su poesía. Arturo Marasso ha estudiado en un conocido libro, como fuentes de inspiración rubeniana, una serie de pinturas famosas esparcidas en los museos y pinacotecas que el poeta visitara en sus peregrinaciones europeas. El ejemplo más claro de este paisajismo de inspiración plástico lo encontramos en el poema El Reino Interior:

"Una selva suntuosa en el azul celeste su rudo perfil calca.

Un camino. La tierra es de color de rosa, cual la que pinta fra Doménico Cavalca en sus Vidas de Santos..."

Aquí la referencia pictórica está dada expresamente por el propio Rubén. Marasso indica además como fuente de inspiración de este poema los cuadros de Boticelli y de los prerrafaelistas y los antiguos tapices y libros iluminados.

A estos paisajes de muchos de los poemas de Rubén los llenos de bifurcaciones en que florecen orquídeas salvajes y frescas, otros erguidos como las columnas de un peristilo, o agobiado el ramaje ancho y grueso por las colgantes y hermosas espesuras de las lianas, semejantes a cabellos sueltos al viento o a gigantes charreteras encrespadas"... Nada más grandioso que esta lujuriente vegetación que nos rodea, el cedro de hojas menudas y ancha base que balancea su copa de manera sacerdotal, la caoba que da su rica madera acanelada, el "cortés" florecido de flores amarillas, murmuran, sin metáfora, frases misteriosas en su incomprensible lengua de vegetales eólicos".

La vigorosa prosa telúrica de "La Vorágine" y "C a n a i m a" arranca de esta prosa rubeniana. Con ojo de pintor el poeta se complace en

la descripción de los verdes tropicales:

"armonizada en la luz toda, una sinfonía del verde, la gama decreciente, el cardenillo, el verde gay, el verdinegro alimentado, el verde amarillo que es tierno y jocundo".

En "El Viaje a Nicaragua" Rubén redescubre nuestra geografía, se extasia ante ella y describe maravillado la estupeflora y fauna tropicales:

llama Pedro Salinas "paisajes culturales", ya que "hasta sus mismos componentes de Naturaleza están pasados, casi siempre, a través de una ajena experiencia artística".

Pero parte de estos paisajes que son fruto de una experiencia de cultura, existen en la obra de

Descripciones éstas relativamente escasas, pinturas imprecisas y esquemáticas de escenarios más o menos convencionales que sirven casi siempre para fijar la hora y el lugar del cuento o del relato pero que no se identifican con ninguna comarca de la tierra y pudieran referirse a cualquier región del planeta y más concretamente acaso a un país imaginario.

El paisaje que Rubén pinta directamente con su rica paleta de poeta, el paisaje que lleva en sus pupilas y en su alma, el que le presta sus colores y al que evoca en sus momentos de inspiración, el paisaje en que su pluma se solaza, se regocija y se entusiasma, es el paisaje tropical de su tierra nicaragüense.



Volcán Concepción - Isla de Ometepe, Nicaragua

Darío los paisajes naturales, los auténticos paisajes vividos por el poeta, nacidos directa e inmediatamente de su experiencia vital. Y he aquí que estos paisajes naturales de Rubén son en toda su obra, un solo y único paisaje: el paisaje de Nicaragua, el paisaje mágico, vibrante, integralmente sensual, del trópico centroamericano.

Poeta peregrino, viajero incansable que no dió reposo a su planta ni paz a sus sentidos, no deja Rubén, sin embargo, en todas sus crónicas de viaje por América, África y Europa, en toda su poesía y literatura narrativa y descriptiva escrita en los más diversos lugares de ambos continentes, ninguna descripción directa del paisaje que no sea la pintura viva y apasionada de la prodigiosa naturaleza del país natal.

En algunos de sus cuentos encontramos ciertamente breves pinceladas descriptivas del ambiente, como esa "línea trazada con un lápiz azul que separa las aguas de los cielos" y ese sol que se va "hundiendo con sus polvos de oro", o "ese suave oro crepuscular, esa rosa de ala de flamenco fundido en tan compasivo azul", o "un suelo lívido y no lejos una vegetación de árboles flacos desolados, tendiendo hacia un cielo implacable, silencioso y raro, sus



León Viejo, Nicaragua

ramas suplicantes, en la vaga expresión de un mudo lamento".

Ni la dulce campiña francesa, ni la adusta meseta castellana, ni la deleitosa costa mallorquina, ni la pampa inconmensurable, ni la imponente cordillera andina, a pesar de que el poeta vivió y amó y soñó en todos estos lugares, despertaron su honda emoción sensorial ni pudieron apagar en su imaginación "el nicaragüense sol de encendidos oros" ni borrar de su inspiración y su recuerdo la visión de los "estandartes de la tarde y de la aurora" alzados sobre "la cúpula sonora" del Momotombo.

No son pocos los paisajes de su obra en que Darío celebra la fiesta de colores de nuestras selvas, lagos y montañas, de nuestras auroras y de nuestros atardeceres. Ya desde en AZUL, al referirse a la naturaleza de nuestra tierra en la descripción de lo sentido y de lo vivido auténticamente la prosa de Rubén adquiere una cierta densidad telúrica en sus imágenes y adjetivos, diferente de la etérea vibración con que vuelan las palabras al amor de su fantasía en el resto del libro. En "Palomas blancas y garzas morenas" las aves "imprimían en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas", y bajo el viejo muelle del lago "el agua glauca y oscura chapoetaba musicalmente".

En una breve página periodística no recogida en libro y que él titula NATURALEZA TROPICAL, pinta Rubén con vigorosos trazos un bosque de nuestra tierra centroamericana:

"Se levantan agrupados, solemnes, altos como para que en sus cumbres aniden las nubazones que como enormes águilas negras llevan sobre ellas las borrascas, gordos árboles, repleta de savia la carne henchida de sus troncos, unos jorobados,